

Apuntes de un cocodrilo

QIU MIAOJIN

TRADUCCIÓN DEL CHINO
Y NOTAS DE BELÉN CUADRA MORA



Título original:

鱷魚手記

Primera edición: febrero 2020

© 2006 Qiu Miaojin

Published in agreement with The Grayhawk Agency,
through International Editors' Co.

© 2020 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2020 de la traducción: Belén Cuadra Mora

© del diseño de colección: Raúl Fernández

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-1659-79-7

Impreso en España

Depósito legal: M-115-2020

El 20 de julio de 1991 recogí mi diploma en la ventanilla de registros del Departamento de Docencia. Era tan grande que tenía que agarrarlo con las dos manos, y en dos ocasiones se me cayó al suelo cuando atravesaba el campus. La primera fue a parar al barro junto al camino y lo limpié con la ropa; la segunda se lo llevó el viento, tuve que echar a correr tras él muerta de vergüenza y se le doblaron las esquinas. No pude evitar echarme a reír por dentro.

—Cuando vengas, ¿puedes traer de paso algunos juguetes?
—dijo el cocodrilo.

—De acuerdo. Te llevaré ropa interior que yo mismo he confeccionado —dijo Osamu Dazai.

—Te regalaré el marco más bonito del mundo, ¿te parece?
—dijo Yukio Mishima.

—Haré cien copias de mi diploma de la Universidad Waseda para empapelar las paredes de tu retrete —dijo Haruki Murakami.

Empezaré por aquí. Música (elijo la canción final de *Dos Tigres*). Da igual que no haya devuelto el carné de estudiante ni el de biblioteca. Era cierto que los hubiera perdido. Luego, el día 19, recibí una carta anónima y certificada que convirtió la pérdida en falsa. No tengo la culpa, ni me queda más opción que aprovechar los carnés «por comodidad». Da igual lo del examen del carné de conducir, aunque haya suspendido las cuatro veces que me he presentado, porque dos de ellas no fue culpa mía y

hacia fuera (es decir, de cara a la sociedad) solo anuncio dos fracasos. Da igual, da igual...

Cerré la puerta y la ventana, descolgué el teléfono y me senté. Así es la escritura. Cuando me harté de escribir, me fumé un par de cigarrillos, me metí en el baño y me di una ducha con agua fría. El tifón venía con fuertes vientos y lluvias torrenciales. A medio desnudar, me di cuenta de que no quedaba jabón. Me volví a vestir, fui a la habitación a por una pastilla de la marca Felicidad y regresé a la ducha. Esta es una obra «de las que venden».

Escuchaba la radio mientras me enjabonaba. Se oyó un trueno y la central eléctrica estalló. Me vi rodeada de silencio y oscuridad. La luz se había ido y no había nadie más en casa. Salí desnuda del cuarto de baño en busca de velas. El único encendedor se había quedado sin gas. Fui hasta la cocina con un candelabro de tres brazos. Por el camino tropecé con el ventilador. Abrí el gas de los fogones, pero el cobre del candelabro se quemó antes de que lograra que prendieran las velas. No podía hacer nada más, así que salí al balcón a tomar el fresco, con la esperanza de ver a alguna otra persona asomada desnuda al balcón. Esta es una obra «seria».

Y si no vende bien ni es seria, me da igual. Cincuenta céntimos el carácter.

Hasta aquí acerca del diploma y la escritura.

2

Antes creía que en lo más profundo de la vida de cada hombre había un «arquetipo» femenino, y que con dicho «arquetipo»

debía medirse la mujer que más amara. Aunque soy mujer, mi «arquetipo» más profundo también es femenino. Como la más bella alucinación que se aparece en las cumbres heladas antes de morir de congelación, ese «arquetipo» se cuelga en mi realidad para luego escapar de nuevo. Creí que este era el «arquetipo» más hermoso que existía y lo creí durante cuatro años. Desperdiicé mi época universitaria, la más valiente y la más sincera de la vida, creyendo en esto y nada más.

Ahora que he dejado de creer, el asunto se ha transformado en una obra improvisada por un artista callejero, una pequeña pintura colgada en la pared. Cuando comencé a *dejar-de-creer* un poco, también fui olvidando, y vendí por menos de nada cuanto había atesorado. Comprendí de pronto que tal vez debía ponerlo todo por escrito, ya que la tetera de la memoria no tardaría en vaciarse, y temí despertar un día sin recordar siquiera dónde había guardado la lista con el precio de todo lo que había vendido.

Como si se tratara de una cinta adhesiva por ambas caras, en la que en el reverso estuviera pegado «No Creo» y, al mismo tiempo, en el anverso hubiera un «Hacha Cruel», cierto día reconocí la crueldad como quien escribe por vez primera su propio nombre: la crueldad es en verdad como la bondad; ambas existen. Lo malo ostenta el mismo estatus que lo bueno; crueldad y maldad son naturales y tienen un papel y un peso sobre la mitad de este mundo. Así, ante la crueldad del destino, solo me quedaba ser más cruel aún. La vida me ha hecho una experta en este campo.

Esgrimí un hacha cruel: cruel hacia la vida, hacia mí misma, hacia los demás. Este es el punto de apoyo que sostiene el tetraedro del instinto animal, la ética, la estética y la metafísica. Punto y seguido a los veintidós años.

Shuiling. Calle Wenzhou. Un banco frente a la puerta de una panadería francesa. Autobús de la línea 74.

Shuiling y yo nos sentamos al fondo del autobús, cada una a un lado del pasillo. El aire frío de diciembre cubría de vaho los cristales de las ventanas, cerradas a cal y canto. A las seis de la tarde, cuando la oscuridad se había tragado la tarde en Taipéi, el autobús avanzaba despacio por la avenida Heping Este. En el perfil cóncavo de la ciudad, los bordes del cielo dibujaban destellos naranjas y rojos. Sacudida por aquella escena natural y misteriosa, la felicidad se colaba por las ventanas y flotaba tras el autobús, entre el tráfico.

El pasillo estaba repleto de gente cansada y silenciosa, con gesto ausente e inmóvil, que bajaba la cabeza y se apoyaba contra los asientos. La observé con disimulo entre los abrigos, intentando aparentar normalidad, reprimiendo la excitación.

—¿Has mirado por la ventana? —pregunté adornando la voz.

—Ajá —me llegó su respuesta, frágil como una pluma.

Las imágenes vuelven a mi mente como encuadres que flotan livianos después de haberles quitado el sonido. Shuiling y yo sentadas en un asiento doble dentro del vehículo, cerrado herméticamente. Los resplandores de la calle y las sombras de la gente deambulando en la noche discurrían, magníficas y estáticas, por las ventanas a ambos lados. Estábamos contentas, nos mirábamos y sonreíamos. Pero bajo esa imagen se ocultaban filones negros, de profunda amargura.

En 1987 concluí el odiado Sistema Único de Acceso e ingresé en la universidad. En esta ciudad, la gente vive para convertirse en latas de hacer exámenes y ganar dinero. A mis dieciocho, llevaba tres años en la cadena de producción de exámenes de la factoría de latas de alta gama, aunque la carne de dentro estuviera podrida.

Un otoñal mes de octubre me mudé a la segunda planta de un bloque de viviendas, al lado de un Unimart, en la calle Wenzhou. Mis caseros eran dos jóvenes casados que se habían licenciado algunos años atrás en la universidad. De las cuatro habitaciones de la casa, me asignaron una con ventana grande que daba al callejón. El cuarto de enfrente estaba alquilado a un par de hermanas. Cada vez que entraba en el salón para ver la tele, la joven pareja estaba abrazada en el sofá marrón. «Nos casamos en cuarto de carrera», dijeron sonrientes, aunque normalmente hablaban muy poco. Las hermanas se pasaban el día entero encerradas en su habitación viendo el otro televisor. A través de la puerta se oían conversaciones animadas, pero salvo que fuera necesario, apenas cruzaban miradas con el resto de habitantes de la casa y entraban y salían a su aire, como si los demás no existiéramos. Así, aunque en el amplio apartamento vivíamos cinco personas en cuatro habitaciones y un salón, aquel era un «piso de mudos» en el que reinaba el silencio.

Vivía sola. Me pasaba el día oculta y salía de noche. Me levantaba de la cama a medianoche, subía a mi bici roja de la marca Giant y me dirigía a un mercado nocturno que había cerca para comprar tallarines, consomé de carne, unos rollitos de primavera, o alguna otra cosa por el estilo. De vuelta en el apartamento, comía mientras leía, me daba una ducha y hacía la colada. En la

casa no había ya voces ni luces encendidas, y yo pasaba la noche entera escribiendo diarios o leyendo. Me aficioné a Kierkegaard y a Schopenhauer, a libros de almas atormentadas y a reunir todo tipo de revistas «ajenas al partido». Estudiaba la lógica del juego de la farsa política, tan distanciada del alma. La sensación de desapego que me provocaba calmaba mis ánimos revueltos. A las seis o las siete de la mañana, cuando amanecía, ocultaba la cabeza humeante bajo el edredón de algodón, como un roedor nocturno que no soportara la luz.

Esto era cuando las cosas iban bien. Sin embargo, la mayor parte del tiempo no comía nada en toda la noche, no me lavaba ni me levantaba de la cama. Tampoco conversaba conmigo misma a través de mis diarios ni pasaba las páginas de un libro para percibir otra voz humana. En los días de invierno, derramaba lágrimas azules y rojas dentro del edredón y dormir era un lujo.

No necesitaba a nadie. No servía de nada. No hacía falta. Me haría daño, sería un pecado.

La familia era una tarjeta bancaria color azul; no precisaba volver a casa. La universidad me proporcionaba una especie de ocupación temporal que me libraba del peso de las responsabilidades sociales y vitales y servía de simple escenario en que seguir el ritmo al compás de la multitud y representar un papel con la careta puesta y sin cansarme demasiado, aunque sujeta a castigo. Era un edificio vacío que producía basura, una construcción extraña que admitía mi cuerpo y rechazaba mi alma. La gente no lo sabía o, lo que es peor, se negaba a reconocerlo. Allí estaban, en su forma concreta, ambas «estructuras», dos territorios que servían para que la gente me identificara y se me acercara reptando, aunque en realidad el Unimart de al lado hacía más por mí que estos términos abstractos.